

**AHORRE
1.140 pts.**

**Y contribuirá a la
independencia de**

triunfo

OFERTA ESPECIAL A NUESTROS LECTORES

TRIUNFO ha aumentado a 70 pesetas el precio de venta. Consecuentemente, la tarifa de suscripción se ha modificado, pasando a ser de 2.950 pesetas la suscripción anual para España y 1.750 la semestral.

En atención especial a los lectores de TRIUNFO, y de forma excepcional, se seguirán aplicando las antiguas tarifas (2.500 y 1.500 pesetas, respectivamente) a todas las peticiones de suscripción que se reciban antes del 30 de junio de 1979. De esta forma, además de recibir cómodamente TRIUNFO en su domicilio, le resultará cada número a 48 pesetas, ahorrándose 22 por cada ejemplar. Es decir, que equivaldrá a haber pagado 36 ejemplares a su precio de portada, recibiendo gratis los 16 ejemplares restantes del año, y habrá contribuido eficazmente a mantener la independencia de TRIUNFO.

Para aprovechar esta oferta bastará que nos remita el boletín de suscripción que aparece en la página 56.

¡ATENCIÓN, SUSCRIPTORES!

Como indicamos en la nota anterior, a los lectores que se suscriban a TRIUNFO antes del próximo 30 de junio se les aplicará la tarifa antigua, que es la que aparece en la página 56.

Los suscriptores actuales cuyo período de suscripción finalice antes del 30 de junio recibirán una carta proponiéndoles la renovación de la suscripción igualmente a precio antiguo.

Los suscriptores actuales cuyo período de suscripción vigente finalice después del 1 de julio de 1979, para acogerse a la renovación —igualmente a precio antiguo— deberán enviarnos el importe de dicha renovación antes del 30 de junio próximo.

HA MUERTO JOHN WAYNE, EL HEROE DE AMERICA

DIEGO GALAN

ALGUIEN ha dicho que usted convirtió en estrella a John Wayne porque no le dejaba hablar. ¿Está usted de acuerdo?

"No, no es verdad en absoluto. Hablaba mucho en muchas ocasiones. Pero lo que decía significaba algo. No tenía soliloquios ni pronunciaba discursos".

Tenia razón John Ford cuando respondía así a la pregunta del joven mitómano Peter Bogdanovich (1). El no tuvo necesidad de explicar sus películas con largos parlamentos. La acción se bastaba a sí misma. Y John Wayne encarnaba esa acción en un cuerpo joven y atlético que venía de formarse en el deporte de América: el rugby. Cuando John Ford reinventó el género del Oeste al estallar la segunda guerra mundial, encontró en el joven actor John Wayne el físico que respondía a la imagen deseada. A través de John Wayne, los espectadores de todo el mundo podrían sentirse identificados, soñar con sus aventuras, asumir su ideología. Y John Wayne se convirtió en el héroe legendario que cruzaba a caballo el mundo entero ordenándolo según su criterio. Este era entonces el de considerar al pueblo norteamericano como salvador de la paz mundial. Punto de vista realmente discutible, pero que el cine ofrecía sin necesidad de matices; su misión era facilitar la propaganda. El "western" o el cine de aventuras en general permitía comparar las imaginarias luchas de celuloide con la guerra contra los nazis o los conflictos políticos con los rusos. John Wayne tenía que ser el héroe. Y lo fue: "Hemos tenido a mucha gente que se decía que eran grandes héroes, y se sabe perfectamente que no lo fueron. Pero al país le conviene tener

héroes que admirar", opinaba John Ford.

Los ojos de Wayne estaban siempre dispuestos a descubrir en el horizonte un vestigio del último indio a exterminar; sus oídos, a detectar el leve crujido de una rama que identificara la presencia cercana de un enemigo; sus labios, a besar castamente a la mujer que le demostrara ser digna de su generosidad y su valentía; su revólver, a zanzar con justicia cualquier desavenencia. Héroe capaz de sacrificar su gloria por la de un amigo, su paz por la de su familia, su leyenda por la oportunidad de una acción necesaria, su comodidad por la de su país, John Wayne dejó pronto de ser un intérprete para convertirse en un prototipo. Típicamente americano como los coches Ford o la coca-cola, no tuvo necesidad de ser buen actor, de la misma forma que la publicidad no tiene necesidad de decir la verdad ni los políticos de cumplir con sus promesas. John Wayne fue como una ley social impuesta desde el cine: injusta, implacable, caprichosa, pero con capacidad para convencer de que en ella estaba la verdad. En su imagen estaban condensados todos los "slogans" publicitarios de esa América de los años cuarenta y cincuenta que implantaba su hegemonía en el mundo. Quizá ningún otro actor como John Wayne encierre dentro de sí tanta significación. Cuando su memoria se haya perdido, los sociólogos desmenuzarán su figura y encontrarán dentro culebras y mariposas. Porque dentro de John Wayne existe también el talento de unos directores que supieron reirse de sí mismos y de hacer del propio Wayne un motivo de ironía: ya en los sesenta, en "Rio Bravo" o "Hattari", Howard Hawks utilizaba la leyenda de Wayne para dar paso a su vieja socarrone-

(1) "John Ford", por Peter Bogdanovich. Ed. Fundamentos, 1971.

ría. No todo era tan negro como se ha dicho. El cine norteamericano no está hecho de una sola pieza. Si hubiera sido así, sería impensable que hubiese conseguido dominar el mundo. Incluso John Wayne metido a productor dio oportunidades a directores como Bud Boetticher que no respondían de la misma forma al presuntamente indiscutible conservadurismo de John Ford. La mayoría de las películas norteamericanas de los géneros interpretados por Wayne fueron profundamente reaccionarias. Pero otras nos sorprenden todavía en su ingenuidad, incluso en su ligero progresismo, si no referido a las "grandes" ideas políticas, al menos así a cuestiones cotidianas que las contradecían.

Sin embargo, John Wayne será siempre el hombre duro, encarnación de lo que los apologistas de la violencia consideran como viril. Nunca pudo zafarse de esa encarnación, y tampoco lo pretendió. Poco a poco empezamos a descubrir que aquel héroe de las películas carcas pensaba realmente como ellas: que era anticomunista feroz, racista, nacionalista, que John Wayne negaba, en fin, la posibilidad de la democracia para convertir el mundo en el paraíso de su revólver. Lo exponía claramente en sus entrevistas, lo exponía con firmeza en las películas que filmaba o en el rechazo de proyectos que consideraba demasiado "rosjos".

No hubiera importado lo que Wayne pensaba sobre el mundo si no se hubiera empeñado en contarlo con feroz militancia. Como director, realizó "El Alamo" (1960), que aunque sorprendió por la consecución de un lirismo épico que emulaba el de sus maestros, no rompía aquel mundo ideológico expuesto en las entrevistas. Al contrario, lo había convertido en espectáculo. Años más tarde, en 1967, se le ocurrió volver a dirigir y ofrecer a la Humanidad el testimonio más repetente que pudiera haberse hecho sobre la guerra del Vietnam: "Boinas verdes". Ya no había duda. John Wayne era un fascista. Y esas películas cuyas derramaron sobre la filmografía anterior un tufo sospechoso que impedía contemplarlas con la ecuanimidad o la inocencia que algunas veces exigían. Cada aparición suya se vinculaba a su ideología, transformando la

película en sí o apoyándola con una fiera que al principio esa película no tenía. "Hombres intrépidos" o "Río Rojo", "Hondo" o "Centaurios del desierto", "El hombre tranquilo" o "La taberna del irlandés", "La conquista del Oeste" o "El hombre que mató a Liberty Valance" no fueron ya las películas que habían sido. John Wayne las había traicionado. Tanto John Ford como Howard Hawks, sus más importantes directores, no habían plasmado en esas películas el feroz fascismo de "Boinas verdes", esa película-testimonio del actor que se ofrecía al mundo cuando éste clamaba contra la injusticia de la intervención americana en el Vietnam. Pero se contagiaban en una comparación grosera y rápida.

Y John Wayne empezó a

Los ojos de Wayne estaban siempre dispuestos a descubrir en el horizonte un vestigio del último indio a exterminar.

declinar. El olvido o el desprecio emparentó pronto con el cáncer que ahora le ha destruido definitivamente. Su última aparición tuvo lugar con la entrega de los Oscar de este año, en el mismo decorado donde en sesiones anteriores, Marlon Brando había reclamado el derecho a la supervivencia de los pocos indios que el celuloide de John Wayne olvidó aniquilar. Apareció Wayne a recibir el premio que por el conjunto de su obra le ofrecía la Academia. Poco antes había sido también condecorado por el Presidente y el Congreso con la medalla especial. Una carrea contra reloj de políticos y cineastas hartos de que los actores y directores se mueran sin haber recibido el premio merecido. John Wayne era el último auténtico vaquero. Ni John Ford ni Howard

Hawks habían vivido para recibir el homenaje. Ahora, por transferencia, lo recibían en quien ellos habían creado. Era su última oportunidad. Como la trompeta anunciando la llegada salvadora del Séptimo de Caballería. Han muerto ya todos. Los actores o directores que sobreviven alternaron géneros con mayor asiduidad que John Wayne. Empezará ahora la posibilidad de poder juzgarlos relativamente, sin las tensiones del fanatismo del pro o el contra, sin las comparaciones con el cine que les ha seguido, sin mezclar al John Wayne imperialista con el vaquero valiente que anda por las calles del poblado en busca del último enemigo vivo. Puede que ese juicio sea aún más negativo. Quizá no. Pero habrá que romper con la pasión y contemplar la imagen prototípica de John Wayne sin entenderla como una parte de nuestra infancia. Cuando una parte de la infancia se muere, nadie es ecuaníme. ■

